

El remedio de Dios para un mundo enloquecido



El remedio de Dios para un mundo enloquecido

Hoy en día no es necesario insistir en que el mundo se ha vuelto loco. Esta locura del mundo egoísta se manifiesta esencialmente en todas las actividades de la vida, tanto a nivel nacional como internacional. Debido a ello, el mundo está lleno de sufrimiento. En grandes zonas de la Tierra, millones de personas mueren de hambre, y el temor a que sucedan cosas aún peores llena los corazones de la humanidad de un continente a otro. Parece que no hay forma de escapar del efecto devastador de lo que está sucediendo, a pesar de los esfuerzos de nuestros estadistas y gobernantes más talentosos por cambiar la situación.

Este es el momento predicho por Jesús cuando dijo que «las naciones estarán en confusión, perplejas por el rugido de los mares y las mareas extrañas. La gente estará aterrorizada por lo que ve venir sobre la tierra» (Lucas 21:25, 26). Tal y como lo ve el mundo, hay buenas razones para temer. Jesús dijo que junto con este temor habría perplejidad; y la palabra griega traducida aquí como «perplejos» significa literalmente «sin salida». Por eso el mundo está lleno de temor. No ven salida al dilema, ni salida a la locura del comportamiento humano en esta época que Jesús describió como una de «gran aflicción, como nunca ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni volverá a haber». (Mateo 24:21). En esta declaración, Jesús cita sustancialmente la profecía de Daniel, capítulo 12, versículo 1, donde Daniel describe el mismo período como «un tiempo de angustia como nunca ha habido desde que existe una nación».

Para enfatizar lo grave que sería este tiempo de angustia, Jesús añade: «Sí, si esos días no fueran acortados, ningún ser humano sobreviviría. Pero por el bien del pueblo de Dios, esos días serán acortados» (Mateo 24:22). Sin embargo, Jesús nos asegura que esos días serán acortados por el poder divino que opera a través de su iglesia, «la elegida». En otras palabras, Jesús está de acuerdo con el punto de vista humano de que no hay salida a este dilema de la locura humana, pero nos consuela con la idea de que Dios ha proporcionado una salida, un camino de salvación para la raza humana de su propio camino de maldad, pecado y egoísmo. Es esta salida que Dios ha proporcionado a la que nos referimos en nuestro título como su remedio para un mundo enloquecido.

El Reino

En una palabra, el remedio de Dios para los males de la humanidad caída es el reino, o gobierno, que a lo largo de toda su Palabra ha prometido que se establecería. Una de estas promesas se refiere a la venida del gran Mesías y Rey en el reino: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y el gobierno estará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. No habrá fin al aumento de su gobierno y paz, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y establecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto». Isaías 9:6,7

El Señor ha registrado numerosas profecías para darnos la seguridad de que su reino se establecerá en la tierra, y en muchos casos se hace referencia a este reino como una montaña, «la montaña del Señor». En Daniel, capítulo 2, esta montaña, según la profecía de Daniel, aparece primero como una piedra que golpea a los reinos y gobiernos impíos de este mundo y se convierte en una gran montaña que llena toda la tierra. El versículo 45 de este capítulo nos da una maravillosa seguridad con respecto al reino de Dios. Citamos: «Por cuanto viste que la piedra fue cortada de la montaña sin manos, y que desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro, el gran Dios ha dado a conocer al rey lo que sucederá en el futuro: y el sueño es verdadero, y su significado es cierto». En Isaías, capítulo 25, el reino de Dios se compara nuevamente con una montaña. «Y en esta montaña», leemos, «el Señor de los ejércitos preparará un banquete maravilloso para todos los pueblos del mundo. Será un banquete delicioso con vino claro y bien añejado y carne selecta». Isaías 25:6

Las bendiciones del reino

Las bendiciones del reino se exponen con cierto detalle en Miqueas 4:1-4. El versículo 1 dice: « ». «En los últimos días sucederá que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes, y será exaltado por encima de las colinas; y los pueblos afluirán a él». Es apropiado que el Señor compare su reino venidero con una montaña. Estas profecías se dirigieron en primer lugar a la nación de Israel, y la nación de Israel estaba acostumbrada a ser gobernada desde una montaña. El monte Sion en Jerusalén era la sede nacional del gobierno que gobernaba Israel. Era aquí, en esta montaña, donde David ejercía su control gubernamental sobre los asuntos de Israel, el pueblo elegido de Dios. Así que cuando en esta y otras profecías Dios habló de que su montaña se establecería en la cima de las montañas, era fácil para el israelita devoto darse cuenta de que su Dios, Jehová, prometía establecer en la tierra un reino más poderoso que cualquier otro conocido hasta entonces. Y así será realmente.

En la profecía de Miqueas sobre el establecimiento del reino, se introduce un punto adicional de explicación e interés. Aquí leemos que esta montaña del Señor es la «montaña de la casa del Señor». Esto también era un lenguaje e familiar para los israelitas. La casa reinante del Señor en Israel estaba encabezada por David y sus sucesores. Pero David y sus sucesores carnales no serán la casa reinante del futuro reino de Dios en la tierra. En muchos casos en el pasado, las casas reinantes sobre las naciones y los imperios consistían en un arreglo familiar en el que el derecho a gobernar pasaba, a la muerte del rey, a otro miembro de la misma familia.

Así es como funciona la casa profética del Señor. Esta casa está compuesta por sus hijos, siendo Jesús el supremo entre ellos. Leemos que cuando Jesús vino en su primera venida, «vino a los suyos, y los suyos lo rechazaron. Pero a todos los que lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios» (Juan 1:11, 12). Bajo Jesús, estos fueron los primeros miembros de la casa gobernante de Dios. Pero en todo Israel no hubo suficientes que recibieran a Jesús para que se les concediera este honor; así que, en el momento oportuno de Dios, se volvió hacia los gentiles, a través de la

predicación del evangelio, para encontrar a los dignos de completar el número preordenado que conformaría su casa gobernante. En el Nuevo Testamento se escribe mucho acerca de aquellos que se han convertido en creyentes desde la primera venida de Jesús y que, mediante el poder del espíritu santo, se convierten en hijos de Dios. A estos se les promete que, si continúan fieles, reinarán con Cristo en la casa gobernante de Dios. (Romanos 8:16-19). «El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo. Pero si hemos de compartir su gloria, también debemos compartir sus sufrimientos. Porque considero que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que habrá de ser revelada en nosotros. Porque la ardiente expectativa de toda la creación es esperar la manifestación de los hijos de Dios»

Los caminos del Señor

La profecía de Miqueas sobre el reino de Dios declara, en el capítulo 4, versículo 1, que «los pueblos acudirán a él». Una profecía similar en Isaías 2:2-4 declara que «todas las naciones acudirán a él»; y en ambas profecías se nos asegura que muchos de todos los pueblos que acudirán al reino de Dios dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, y él nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor». Versículo 3

En esta profecía, el monte Sion representa la autoridad divina en el reino de Dios. Por lo tanto, esto representaría la fase espirituales de ese reino, compuesto por Jesús y sus fieles y glorificados seguidores. Se nos dice que la palabra del Señor saldrá de Jerusalén. Aquí se menciona un aspecto más amplio del funcionamiento del reino de Dios, ese aspecto que entra en contacto comprensible con la raza humana aquí en la tierra. Este contacto se realizará a través de los antiguos siervos de Dios, como los fieles profetas de antaño y otros que sirvieron fielmente a Dios antes de la primera venida de Jesús. Jesús dijo que «muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos». (Mateo 8:11). La expresión aquí en el texto griego que se traduce como «sentarse» indica que se refiere a los alumnos sentados frente a su maestro e , o profesor. Así pues, los fieles siervos de Dios de la antigüedad serán los que comuniquen la palabra, o las leyes, de Dios a la humanidad en su reino. Podríamos pensar en ellos como la Jerusalén simbólica de la profecía de Miqueas. Tenemos aquí, pues, tanto la fase espirituales como la terrenal del reino, representando los que están en la fase terrenal a los que están en la fase espirituales y comunicando al pueblo la ley de Dios recibida de Jesús y su iglesia.

El pueblo y las naciones de esta profecía del reino de Dios indican su deseo de conocer y seguir el camino del Señor. Y en ese tiempo «juzgará entre muchos pueblos y reprenderá [en hebreo: corregirá] a naciones poderosas y lejanas; y convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas; ninguna nación levantará la espada contra otra nación, ni se adiestrarán más para la guerra». Miqueas 4:3

Es interesante observar aquí la gran diferencia entre los caminos del Señor y los caminos de los hombres egoístas. A lo largo de los siglos, la filosofía humana equivocada ha insistido en que la única manera de asegurar la paz es estar e e preparado para la guerra. Pero aquí se ve que el camino del Señor es diferente. Cuando el pueblo aprenda los caminos del Señor, dejará de planear y prepararse para la guerra. En cambio, «convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas». En lugar de seguir formando grandes ejércitos para defenderse, como se suele hacer, y así asegurar la paz, «ninguna nación levantará la espada contra otra nación, ni se adiestrarán más para la guerra».

¡Piensa en el gran avance que esto supondrá para resolver la locura que impera hoy en día en el mundo! Las madres ya no tendrán que temer que sus hijos sean enviados al campo de batalla para ser masacrados. Los recursos del mundo ya no se agotarán para mantener vastos establecimientos militares, porque ya no aprenderán la guerra, ni la practicarán más. Este es el camino del Señor, el camino que se instituirá en toda la tierra en el reino de Dios, que se establecerá en la cima de las montañas, es decir, dominando los asuntos de todos los pueblos. ¡Nos regocijamos en este aspecto del remedio de Dios para un mundo enloquecido!

El versículo 4 de la profecía de Miqueas dice: «Cada uno se sentará bajo su parra y bajo su higuera, y nadie les causará temor, porque el Señor Todopoderoso ha hablado». La ilustración de la vid y la higuera contiene el énfasis de la seguridad económica para toda la humanidad. Una de las causas de tanto temor en el mundo actual es la falta de seguridad económica. Los corazones de muchos están llenos de temor por perder sus medios de subsistencia y verse reducidos a una situación de dependencia social. Pero entonces nadie los atemorizará con amenazas de desalojo de sus hogares, ni con el temor al hambre para ellos o sus familias. Nadie los atemorizará por ningún motivo, y tenemos la bendita seguridad de que «el Señor Todopoderoso ha hablado». ¿Qué mejor garantía podríamos tener que esta de la viabilidad y el éxito del remedio de Dios para un mundo enloquecido?

En el mundo actual, a veces oímos decir a alguien, incluso a altos cargos del gobierno, que si consiguieran que la gente hiciera esto o aquello, o si el gobierno aprobara tal o cual ley, tendríamos paz y seguridad. Pero en el remedio de Dios no hay lugar para incertidumbres e s como esas. El remedio de Dios se impondrá arbitrariamente y por poder divino —la montaña de la casa del Señor— a todos los pueblos y naciones. No tendrán más remedio que obedecer. Se regocijarán cuando reconozcan lo maravillosos que son realmente los caminos del Señor. Después de tantos siglos de espera y esperanza y, por parte de algunos, de oración, ¡el camino de Dios se establecerá en la tierra!

Se necesita más

Por maravillosas que sean las bendiciones del reino de Dios para un mundo enfermo de pecado y moribundo, tal y como se expone en la profecía de Miqueas (4:1-4), seguirían sin ser un remedio para todos los males humanos. La profecía de Miqueas muestra que los pueblos no aprenderán

más la guerra, por lo que no habrá más guerras. Nos asegura que convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas. Utilizarán los recursos que ahora se dedican a mantener la guerra y sus armamentos para promover la paz y la buena voluntad entre las naciones. Nos asegura que habrá seguridad económica, que nadie temerá ser despojado de su hogar o pasar hambre. Toda la humanidad será bendecida con prosperidad y abundancia en todos los aspectos de las necesidades humanas.

Sin embargo, a pesar de todas estas bendiciones de las que disfrutaría la raza humana, seguiría viviendo bajo una terrible plaga de dolor y sufrimiento, ya que seguiría siendo una raza moribunda. Tendríamos un mundo con hospitales repartidos por todas las naciones, y esos hospitales estarían llenos de personas que sufren y moribundos. Seguiríamos teniendo instituciones mentales, llenas hasta los topes. Todos los hogares se verían afectados tarde o temprano por terribles enfermedades y, finalmente, por una muerte segura. Este no sería un mundo ideal. Jesús enseñó a sus discípulos a orar: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). No podemos imaginar que en el cielo haya guerras carnales, ni podemos imaginar el hambre en el cielo, ni podemos imaginar la enfermedad y la muerte. Por lo tanto, el reino de Dios será un remedio total para los males de la humanidad.

La Biblia nos asegura que así será. En una profecía ya citada, en la que se vuelve a referir al reino de Dios como una montaña, se nos asegura que la enfermedad y la muerte también serán destruidas. Esta es la profecía de Isaías 25:6-9. Refiriéndose a muchas de las bendiciones que el Señor proporcionará para satisfacer los deseos del pueblo, se nos dice que en esta montaña el Señor de los ejércitos «preparará un banquete maravilloso para todos los pueblos del mundo. Será un banquete delicioso con vino claro y bien añejado y carne selecta».

«Allí quitará la nube de tristeza, la sombra de muerte que se cierne sobre la tierra. El Señor Soberano enjugará todas las lágrimas». Esto parecería ser una referencia a la falta de conocimiento que la mayor parte de la humanidad ha experimentado a lo largo de los siglos, la falta de conocimiento acerca de Dios y sus caminos. La gran nube o velo de ignorancia a este respecto se ha extendido sobre todas las personas, y también sobre las naciones. Es porque las naciones tienen este velo extendido sobre ellas que imaginan que pueden establecer la paz mientras se preparan para la guerra. Ahora no pueden ver a través de este velo para comprender y apreciar los caminos del Señor. Pero ese velo será quitado, pues otras profecías muestran que entonces «la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar». Isaías 11:9; Habacuc 2:14

En esta montaña o reino de Dios, «él tragará la muerte en victoria» (Isaías 25:8). Otra traducción lo expresa de manera aún más contundente, diciendo que el Señor derrotará a la muerte en victoria. Sí, ese gran enemigo, la muerte, será derrotado por las fuerzas del reino de Dios y ya no se le permitirá arruinar la felicidad de toda la humanidad. La profecía continúa y dice: «El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros,

y quitará de toda la tierra el oprobio de su pueblo, porque el Señor lo ha dicho». ¡Qué mundo tan diferente será bajo el reino de Dios cuando se enjuguen las lágrimas de todos los rostros! Las lágrimas se utilizan aquí como símbolo de tristeza, de dolor, de sufrimiento. Pero todo esto desaparecerá y la alegría brotará en cada ciudad, en cada pueblo, en cada aldea, en cada campo.

La profecía continúa diciendo que él quitará de sobre toda la tierra la afrenta de su pueblo. Esta afrenta al pueblo de Dios ha sido una de las características del reinado del pecado y de la muerte. Satanás ha incitado a sus secuaces contra aquellos que sirven a Dios, y estos son reprimidos, perseguidos, tergiversados, de modo que pocos están realmente preparados y son lo suficientemente valientes como para adoptar una postura decidida a favor de los caminos de Dios, los caminos de la justicia, de la paz y de la buena voluntad. Pero en la montaña de Dios, «la montaña de la casa del Señor», él quitará la reprensión del pueblo de Dios. En una de las promesas del reino de la Biblia se nos dice que «la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás», el gran engañador y opresor del pueblo, será entonces atado (Revelación 20:2). ¡Cuán maravillosas son las perspectivas de las promesas de Dios! ¡Cuán brillante debería ser nuestra esperanza gracias a las promesas de Dios! El versículo 9 de Isaías 25 dice: «En aquel día se dirá: He aquí, este es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará; este es el Señor [Jehová]; le hemos esperado, nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación».

Es cierto que el pueblo ha estado esperando y anhelando las bendiciones que el reino de Dios les proporcionará. No han sido conscientes de cuál será la fuente de estas bendiciones. Los hombres se han referido a las nuevas condiciones como utopía y otros nombres agradables; pero cuando estas bendiciones se derramen e mente sobre ellos, una de las principales bendiciones será su comprensión de la fuente. Se darán cuenta de que el gran Dios de amor, que envió a su Hijo para ser el Redentor y Salvador del mundo, es el Autor y el Planificador de este grandioso diseño que traerá paz mundial y duradera, junto con salud y vida eterna y conocimiento de sí mismo y de su Hijo, lo cual será una bendición en sí misma que pocos en el mundo han disfrutado a lo largo de todas las edades de la experiencia humana.

Confirmación del Nuevo Testamento

Aunque hemos citado en gran medida las promesas de Dios registradas en el Antiguo Testamento, todas estas preciosas promesas son confirmadas por Dios a través de sus siervos en el Nuevo Testamento. Leemos, por ejemplo, que Jesús proclamó el reino de Dios. Pero no solo eso, sino que fue de lugar en lugar confirmando su mensaje con los milagros que realizó al sanar a los enfermos y resucitar a los muertos. El apóstol Pedro, en Hechos 3:20-24, habla del regreso de Cristo en su segunda venida y dice que entonces el mundo podría esperar «tiempos de la restitución de todas las cosas» (). Dios ha predicho estos tiempos de la restitución por boca de sus santos profetas desde el principio del mundo. La restitución a la que se refiere Pedro aquí quedó ilustrada por el milagro que acababa de realizar al sanar a un hombre que había sido cojo desde

su nacimiento (Hechos 3:1-8). (Hechos 3:1-8). También incluye la esperanza de la resurrección de los muertos, como se señala en el versículo 2 del capítulo 4 del libro de Hechos. El apóstol Pablo, al testificar ante el gobierno romano, dijo que la esperanza de los profetas y del anciano de Israel era que habría una resurrección tanto de los justos como de los injustos. Hechos 24:14, 15

La lección de Pablo sobre la resurrección

En la destacada lección de Pablo sobre la resurrección de los muertos, expuesta en 1 Corintios, capítulo 15, dice: «Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, y se ha convertido en los primeros frutos de los que durmieron. Porque así como por medio de un hombre vino la muerte, también por medio de un hombre vino la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su propio orden: Cristo, los primeros frutos; luego, los que son de Cristo, en su venida [griego: presencia] En esta narración Pablo habla de las bendiciones del reino de Dios, porque continúa con la afirmación: «Luego vendrá el fin, cuando él entregue el reino a Dios, el Padre; cuando haya destruido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Porque él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». 1 Corintios 15:20-26

¡Qué idea tan completa es la de que la muerte misma será finalmente destruida! Por supuesto, esto significa que aquellos que habían estado dormidos en la muerte habrán sido despertados para compartir las bendiciones del reino con el resto de la humanidad. ¿Y por qué no habría de ser así? ¡Qué insatisfactorio sería saber que la generación viva de seres humanos disfruta de un mundo perfecto, libre de todas las manifestaciones de locura que nos rodean hoy en día, libre también de la enfermedad y la plaga de la muerte, y sin embargo darse cuenta de que tantos miles de millones de personas que vivieron en el pasado se perdieron estas bendiciones porque murieron demasiado pronto!

¡Pero Dios no actúa así! Su remedio para un mundo enloquecido es total y completo. En cierto sentido, el mundo ha estado desequilibrado desde que el hombre pecó por primera vez contra las leyes de Dios. Cada generación de la raza humana ha experimentado desajustes tanto en la sociedad como en la vida familiar. Todos han sufrido dolor y muerte. Todos se han llenado de tristeza y sus ojos se han inundado de lágrimas al ver cómo la muerte se llevaba a sus seres queridos. Sería irracional pensar que todos esos miles de millones de personas se encuentran ahora fuera de los límites de las provisiones del reino amoroso de Dios.

Hay un dicho muy conocido entre los seres humanos que sufren y mueren: «Mientras hay vida, hay esperanza». Pero no podemos limitar el poder de Dios a este dicho. Las promesas de Dios nos aseguran que hay esperanza más allá de la muerte; que los muertos volverán a la vida en lo que, como ya hemos señalado, la Biblia describe como la resurrección de los muertos. Jesús dijo: «No os maravilléis de esto, porque vendrá la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán» (Juan 5:28, 29). Los que han hecho el bien (es decir, los creyentes de esta vida)

resucitarán para la resurrección y vivirán y reinarán con Cristo en su glorioso reino, que será el canal e e de bendición para toda la humanidad. Los demás resucitarán para ser juzgados; es decir, resucitarán y serán puestos a prueba, y se les dará la oportunidad de demostrar su lealtad a Dios en las circunstancias favorables de ese nuevo mundo. ¡Qué más podríamos pedir!

En el Antiguo Testamento, la resurrección de los muertos se ilustra de diversas maneras. La palabra resurrección en sí misma no se utiliza en el Antiguo Testamento, pero en esa parte de su Palabra inspirada, Dios ha comparado a los que están muertos con prisioneros y su despertar de la muerte con una salida del cautiverio. Estas promesas de una liberación del cautiverio con la ayuda de Dios son tan inclusivas que abarcan a toda la humanidad. Su salida de la muerte se describe como un regreso. Moisés oró: «Señor, tú has sido nuestro refugio en todas las generaciones, antes de que nacieran las montañas o tú dieras a luz a la tierra y al mundo. Desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios. Tú conviertes al hombre en polvo y dices: "Volved, hijos de los hombres"». Salmo 90:1-3

Fue en el jardín del Edén cuando Dios condenó a los hombres a la destrucción al sentenciar a nuestros primeros padres a la muerte y expulsarlos del jardín a la tierra inacabada para morir. Fue entonces cuando realmente comenzaron los problemas del hombre. Pero Moisés nos asegura que ese no es el final del trato de Dios con el hombre. Aquellos a quienes ha convertido en polvo oirán la maravillosa orden: «Volved, hijos de los hombres». Sí, Cristo, que dispuso la redención y la salvación del mundo mediante su muerte, utilizará el poder divino para llamar a toda la humanidad muerta a regresar a la tierra de los vivos.

Isaías 35:10 contiene otra maravillosa promesa del regreso de la humanidad de la muerte. Este texto dice: «Y los rescatados [los rescatados como resultado de la muerte de Jesús en la cruz del Calvario] del Señor volverán y vendrán a Sion con cánticos y alegría eterna sobre sus cabezas; obtendrán gozo y alegría, y el dolor y los suspiros huirán». ¡Qué clímax tan apropiado para la brillante esperanza que se presenta al mundo sufriente a lo largo de todo este capítulo! A partir del versículo tercero leemos: «Fortaleced las manos débiles, afirmad las rodillas vacilantes; decid a los de corazón temeroso: Sed fuertes, no temáis; vuestro Dios vendrá, vendrá con una venganza e ; con retribución divina vendrá a salvaros». Isaías 35:3,4

Esta promesa es especialmente apropiada hoy en día. Este es el día de la venganza de Dios sobre una raza maldita por el pecado y moribunda. Pero él no viene simplemente para infligir venganza sobre el mundo, pues, como muestra esta promesa, la venganza es en forma de recompensa. Su verdadero propósito es salvar y bendecir a la humanidad: «Él vendrá a salvaros».

Isaías continúa: «Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y se destaparán los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y la lengua del mudo cantará; porque en el desierto brotarán aguas, y arroyos en el yermo. Y la tierra seca se convertirá en un estanque, y la tierra sedienta en manantiales de agua; en la morada de los dragones, donde cada uno yacía, habrá hierba con juncos y cañas» (versículos 5-7).

¡Qué cambio significará esto en la perspectiva del mundo tan angustiado y lleno de miedo que tenemos hoy en día! El versículo 8 dice: «Y habrá allí una calzada, un camino, y se llamará Camino de Santidad; los impuros no pasarán por él, sino que será para aquellos [es decir, para el beneficio e de los impuros, como una forma de purificarse o hacerse justos y aceptables ante Dios]: los viajeros, aunque sean necios, no se extraviarán en él. No habrá allí león ni la bestia voraz; no se hallarán allí; sino que los redimidos andarán por ella» (Isaías 35:8, 9). A continuación, en el versículo 10, sigue la maravillosa promesa de ese clímax de bendición cuando los redimidos del Señor regresarán de la muerte con cánticos de alegría eterna sobre sus cabezas. Cuando el profeta dice: «No habrá allí leones», nos recuerda la promesa del capítulo 20 de Revelación, que nos dice que Satanás será atado en ese momento. Satanás es descrito en la Biblia como un león rugiente que busca a quien devorar. 1 Pedro 5:8

En ese nuevo mundo, después de que Dios haya destruido a los enemigos de la justicia y haya derramado su espíritu sobre toda carne, ¡qué maravillosas serán las condiciones! Isaías escribió: «Entonces el juicio morará en el desierto, y la justicia permanecerá en el campo fértil. Y la obra de la justicia será la paz; y el efecto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre. Y mi pueblo [toda la humanidad] morará en una morada pacífica, y en viviendas seguras, y en lugares de descanso tranquilos». Isaías 32:16-18

Ese será el momento en que el reino de Dios gobierne en la tierra y su remedio para un mundo enloquecido se ponga en pleno funcionamiento. ¡Qué maravillosa es la perspectiva que se nos presenta! ¡Qué maravilloso es darse cuenta de que la esperanza del hombre para el futuro es tan brillante como las promesas de Dios!

Testimonio final

El testimonio final del reino de Dios nos lo ofrece el libro de Revelación. Hay muchas referencias al reino a lo largo de este libro, pero queremos llamar la atención brevemente sobre algunas de las garantías que encontramos en los capítulos 20, 21 y 22. En el capítulo 20, como ya hemos señalado, tenemos la garantía del encarcelamiento de Satanás. Se nos asegura que Cristo, junto con sus fieles seguidores, la iglesia, vivirá y reinará mil años para dispensar las bendiciones prometidas por Dios. También se nos informa en este capítulo que la muerte y el infierno entregarán a los muertos que están en ell , y que tanto la muerte como el infierno serán destruidos.

En el capítulo 21 se nos dice que «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles» (versículos 4 y 5). En el último capítulo de la Biblia, leemos: «Me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos típicos, y da su fruto cada mes; y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:1, 2). En el versículo 17 del capítulo 22 del

Apocalipsis, leemos: «El Espíritu y la novia dicen: "Ven". Y el que oye, diga: "Ven". Y el que tiene entendimiento, entienda». (Revelación 22:1, 2). En el versículo 17 del capítulo 22 de Revelación, leemos: «El espíritu y la novia dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente».

¿Podríamos pedir más garantías de la Palabra de Dios de que, efectivamente, Él ha provisto un remedio para los males de un mundo enloquecido? Sí, las naciones necesitan sanación, y en esta profecía se nos dice que Dios ha provisto un medio para la sanación de las naciones. Levantemos, pues, la cabeza, desterremos nuestros temores y esperemos con ilusión el próximo establecimiento de este reino, porque hay muchas razones para creer —y una de ellas es la actual locura del mundo mismo— que el reino de Dios está cerca.